

Ciencia y diplomacia cultural. Becas y becarios internacionales de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias desde la década de 1930 hasta la Segunda Guerra Mundial

MIRANDA LIDA
Universidad de San Andrés

Resumen

En la década de 1930, se establecieron en la Argentina becas para hacer estudios de posgrado en el extranjero. Nos interesa analizar las agencias intervinientes y las relaciones internacionales que hicieron posibles estas becas. Se dialoga con la historia de las universidades, campo que se está renovando a la luz de aportes en clave transnacional: la diplomacia cultural, la circulación de saberes y actores, viajes y redes transnacionales. Enfocaremos en la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, bajo la dirección de Bernardo Houssay que desde 1933 mantuvo, con apoyo del Estado argentino, una activa diplomacia cultural con Europa y Estados Unidos.

Palabras clave: historia de la ciencia; Argentina; diplomacia cultural; década de 1930; Bernardo Houssay

Abstract

In the 1930s, scholarships to pursue graduate studies abroad were established in Argentina. We analyze the agencies involved and the international relations that made possible these scholarships. We are in dialogue with the history of universities, a field that is being renewed in light of transnational contributions: cultural diplomacy, the circulation of knowledge and actors, travels and transnational networks. We will focus on the Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias (Argentine Association for the Progress of

Sciences), which maintained since 1933, under the direction of Bernardo Houssay and with the support of the Argentine state, an active cultural diplomacy with Europe and the United States.

Keywords: history of science; Argentina; cultural diplomacy; 1930s; Bernardo Houssay

Introducción

En la década de 1930, se establecieron en la Argentina instituciones y programas oficiales dedicados a financiar un sistema de becas orientado a diferentes disciplinas científicas para que graduados e investigadores pudieran continuar su formación de posgrado en el exterior del país, con el respaldo del Estado nacional, en un momento en que este se encontraba expandiendo rápidamente su órbita de acción. En particular, nos interesa llamar la atención acerca del crecimiento de las becas internacionales (había además un creciente número de becas para llevar a cabo estudios en el país), las estrategias usadas para su financiamiento, las agencias intervinientes y las relaciones internacionales que fue necesario activar para su puesta en marcha. Se trata de una problemática que dialoga, por una parte, con la historia de las universidades, de la ciencia y de los sistemas científicos, campos que han atravesado una expansión en las últimas dos décadas y que hoy mismo se están renovando a la luz de la comprensión brindada por los aportes transnacionales,¹ y, por otra, con la prolífica perspectiva de las transferencias, los intercambios y la diplomacia cultural, enfoques que tan fructíferos se están mostrando en los últimos años en la historiografía.² La historia de las universidades y de la ciencia en esta clave permite abordar la circulación internacional de saberes y actores, así como también podría dialogar con distintos problemas de la historia cultural. Viajes, becas e intercambios ocuparon un lugar clave en la construcción de redes intelectuales y académicas transnacionales: constituyen una cantera privilegiada para el análisis que ya está dando frutos, de hecho, en la historia cultural e intelectual.³ En particular, nos interesa preguntarnos por los actores, las agencias e instituciones que sostuvieron esta actividad que puede ser pensada en términos de “política pública cultural”, dado que cuenta con el respaldo del estado para sostener la producción científica y su internacionalización.⁴

Más precisamente nos concentraremos en la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias (AAPC), institución fundada bajo la dirección de Bernardo Houssay en 1933, que alcanzó en poco tiempo reconocimiento y apoyo del estado, así como también prestigio internacional, dado que laboratorios y agencias científicas extranjeras, entre otras instituciones, tendieron vínculos con ella para promover la cooperación científica. Situaremos la aparición de

esta asociación en el marco de una creciente preocupación por el fomento a la ciencia y la cultura,⁵ como se vio reflejado a través de la creación de la Comisión Nacional de Cultura y de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, dos agencias fundadas durante el gobierno de Agustín P. Justo (1932-1938).⁶ Nos enfocaremos en la AAPC en particular, dado que se especializó en el fomento a la ciencia, a diferencia de las otras dos, dirigidas más bien a apoyar las artes y las letras, si bien la Comisión Nacional de Cultura becó ocasionalmente algunos científicos, como se verá. Así, con el apoyo del presupuesto estatal, la AAPC estableció un sistema de becas internacionales (“externas”) que le permitió tejer vínculos transnacionales con Europa, Estados Unidos y en menor medida con países latinoamericanos. En efecto, a través de esta institución, Argentina sostuvo diálogos transnacionales y expandió su red de becarios, cosa que no solo posicionó internacionalmente a la AAPC, sino que repercutió en la formación de nuevas camadas de científicos que, una vez retornados al país, tendrían la oportunidad de consolidar las universidades argentinas, dado que se exigían garantías para la reinserción de los becarios que posibilitaría la capitalización de sus saberes.

Este trabajo presenta una primera parte de carácter introductorio, donde se aborda el mapa básico de las instituciones abocadas a la gestión cultural que estuvieron activas en la Argentina de la década de 1930, con especial foco en el financiamiento de becas internacionales de investigación científica; situaremos a la AAPC en el marco de una década de fuerte avance estatal en diferentes órbitas, incluidas la ciencia y la cultura, donde además existía una diversa gama de instituciones de gestión mixta que alentaban los intercambios culturales bilaterales.

En segundo lugar, nos concentraremos específicamente en la AAPC para reconstruir su labor en la formación de becarios (de posgrado), sus redes transnacionales y su impacto en la Argentina, análisis que dividiremos en dos períodos. Una primera etapa, hasta 1938, está dominada por una orientación europea en los intercambios internacionales de la AAPC, en el que se destaca el acercamiento a las instituciones científicas francesas; entre 1939 y 1940, luego del inicio de la Segunda Guerra Mundial y, en especial, tras la caída de Francia en las manos del nazismo, la AAPC orientó por completo su mirada hacia los Estados Unidos. Esta segunda etapa convivió con una creciente actividad de propaganda emprendida por el gobierno de Estados Unidos en clave panamericanista, de la mano de la política de buena vecindad sostenida por el gobierno de Franklin Delano Roosevelt, que se vio acompañada de la intención de prácticamente monopolizar la oferta de becas en el extranjero para los países latinoamericanos. El papel de los Estados Unidos en el impulso a la ciencia en América Latina ha sido estudiado, sobre todo, para la Guerra Fría.⁷ Se sabe

que en el marco de la “Guerra Fría cultural” hubo un fuerte involucramiento de diversas agencias públicas e instituciones privadas volcadas a la filantropía, como las fundaciones Guggenheim o Ford, en la promoción y el financiamiento del proceso de profesionalización de un arco variado de disciplinas (en especial, se destacaron en ciencias sociales, quizás el terreno más estudiado, junto con diferentes especialidades médicas y los estudios urbanos),⁸ pero se ha explorado mucho menos el período precedente. En este contexto, la AAPC construyó un diálogo cada vez más estrecho con instituciones científicas de los Estados Unidos.

En pocas palabras, nuestro argumento es que en ningún momento la AAPC perdió de vista su estrecha relación con el estado argentino, al que estaba vinculado por ley nacional, ni resignó su autonomía frente a la ciencia y las agencias norteamericanas, con las que trabó estrecha relación. Más bien cuidó de preservar su capacidad de agencia, de hecho, se preocupó por construir su propio sistema de becas sin supeditarlos a las instituciones norteamericanas, a la par que apostó a fortalecer su presencia regional en el cono sur de América Latina. En este sentido, creemos que las becas internacionales constituyen un prisma adecuado desde el cual estudiar las estrategias de diplomacia cultural en un período en el que el terreno se estaba volviendo cada vez más disputado.

El crecimiento de las becas internacionales en la Argentina de los años treinta. Actores nacionales y transnacionales.

En la década de 1930 se multiplicaron las oportunidades para que los graduados universitarios argentinos llevaran adelante becas de investigación científica en el extranjero a través de agencias y programas específicos. Se destacan en este sentido tanto agencias y diversos actores provenientes de la sociedad o el Estado argentinos, como así también otros de carácter transnacional. En primer lugar, es necesario poner de relieve que a fines de la década de 1920, en ocasión del viaje del presidente electo de los Estados Unidos John Edgar Hoover, quien visitó el país con el objeto de reforzar los vínculos bilaterales y, a la par, el panamericanismo, se anunció el lanzamiento de unas becas de dos años concedidas en el marco de la Universidad de Harvard para graduados de la Universidad de Buenos Aires, programa que contó con el respaldo del rector Ricardo Rojas.⁹ A esta iniciativa le siguió la fundación del Instituto Cultural Argentino Norteamericano (ICANA), que llevó adelante actividades para promover intercambios entre ambos países. Era claro el interés de Estados Unidos por fortalecer su influencia en la región, de ahí su aliento a lograr acuerdos bilaterales a través de instituciones y agencias específicas, tales como el Institute of International Education (IIE), la Division of Cultural Affairs y la Division of

Latin American Affairs del Departamento de Estado.¹⁰ También la Fundación Guggenheim comenzó a mirar a la Argentina a partir de 1930, cuando comenzó a aceptar a los primeros postulantes argentinos,¹¹ a un promedio de dos becas por año para estudiar en Estados Unidos y, a la vez, entrar en contacto con sus instituciones académicas y su cultura. Hubo también una creciente influencia de la Fundación Rockefeller en el país a través de diferentes programas de asistencia a la investigación.¹²

A medida que avanzó la década, la preocupación desde Estados Unidos por extender su influencia recrudesció a la luz del estallido de la Segunda Guerra Mundial, si bien chocó con tendencias nacionalistas por entonces en alza en Argentina que le pusieron freno y que desembocarían en el golpe militar de 1943.¹³ A su vez, fue cada vez más importante la capacidad de las instituciones argentinas para sostener becas internacionales. Así, de los 14 becarios de posgrado que se estaban formando en Estados Unidos en 1940, tan solo la mitad estaba financiada por fundaciones norteamericanas como la Guggenheim o la Rockefeller; la otra estaba costeadada por instituciones argentinas, en especial, la AAPC, la Academia Nacional de Medicina y la Universidad Nacional de Córdoba.¹⁴ Houssay además solía poner sobre aviso a la Fundación Rockefeller cada vez que un científico de su conocimiento viajara a Estados Unidos con el propósito de entrar en contacto con instituciones académicas; la correspondencia que Houssay sostuvo con Richard Lambert es en este sentido es bien elocuente. A modo de ejemplo, en 1940 le recomendó especialmente que prestara atención a la visita de Carlos Alberto Castaño, presidente de la Sociedad de Obstetricia y Ginecología de visita en Estados Unidos para recorrer hospitales y ponerse al día en su especialidad.¹⁵

A la par de la creciente presencia norteamericana en la oferta de becas, es de destacar que también la Segunda República española se lanzó a partir de 1931 a ofrecer programas de intercambio bilaterales con Argentina. La diplomacia cultural entre ambos países contaba con instituciones específicas que se desarrollaron durante la Primera Guerra Mundial. En especial destacaremos la Institución Cultural Española de Buenos Aires (ICEBA). Fundada en 1914, fue el producto de la gestión emprendida desde las élites españolas para crear un organismo que promoviera el intercambio cultural, científico y artístico entre Argentina y España. A partir de 1931, el gobierno republicano facilitó, a través de la Junta de Relaciones Culturales en España y la Junta de Ampliación de Estudios, importantes recursos para que ICEBA pudiera distribuir becas y subsidios tanto para españoles residentes en el país como para argentinos. Fueron beneficiarios de estas becas figuras clave para la física en la Argentina como Cecilia Mossin Kotin y Ramón Enrique Gaviola.¹⁶ Tengamos en cuenta que diferentes academias europeas, además de la española, construyeron en esta coyuntura estrategias

específicas de diplomacia cultural a fin de fortalecer su presencia en la Argentina, interactuando a través de institutos de cooperación bilateral fundados sobre todo para alentar que los científicos europeos difundieran sus investigaciones en el país, tales como el Instituto de la Universidad de París, el Instituto de Cultura Itálica y el Instituto Cultural Argentino Germano.¹⁷ Sin embargo, fue poco frecuente que, inversamente, se preocuparan por la reciprocidad o que pusieran el foco en fomentar la formación de recursos humanos argentinos en universidades europeas, con la expectativa de que su preparación especializada les permitiera a su regreso potenciar las capacidades científicas del país. Así, la propuesta que pusieron en marcha estos institutos no había hecho sino reforzar la asimetría entre Argentina y Europa, puesto que estaban enfocados en hacer lucir sus científicos estrella, antes que promover la formación de nuevas camadas de investigadores que fortalecieran las universidades argentinas. Es justamente este el vacío que intentará llenar la AAPC; su apuesta fue sostener un programa sistemático de becas internacionales dirigidas a graduados argentinos de los que se esperaba su reinserción a fin de fortalecer las universidades del país. Esto no significa que la AAPC se mantuviera al margen de toda colaboración con los institutos de promoción cultural bilateral. Lo que se quiere argumentar es que su preocupación era diferente, a saber: la construcción de un sistema científico para la Argentina que, con neto respaldo estatal y con estrecha articulación de las universidades nacionales, pudiera gestionar subsidios y becas de investigación y tuviera capacidad de agencia propia.

Presentemos entonces a la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias. Fundada en 1933 por iniciativa de un grupo de científicos encabezados por Bernardo Houssay, la AAPC dependía en gran medida (si bien no exclusivamente) del presupuesto del Estado nacional, lo cual le permitió consolidarse como la principal entidad dedicada al financiamiento de proyectos y becas de investigación, tanto en el país como en el extranjero. La AAPC era, en principio una asociación civil de científicos (muchos de ellos médicos, biólogos o químicos) que dependía de las cuotas de sus afiliados; sin embargo, a fin de sostener su programa de becas, obtuvo financiamiento del Estado, puesto que los aportes de los socios estaban lejos de bastar para ese fin. Es decir que, a pesar de haber sido fundada como una asociación civil, su funcionamiento dependió del Estado. Donde mejor se ve esa dependencia es precisamente con respecto a las becas internacionales, íntegramente costeadas por presupuesto nacional, regulado según la ley 12338, de ahí que las autoridades de la AAPC mantuvieran recurrentes reuniones con autoridades nacionales; incluso se entrevistaron en varias ocasiones con el Poder Ejecutivo. El Ministerio de Justicia e Instrucción Pública tenía la última palabra en la designación de los becarios internacionales, previa presentación de una terna por parte de la AAPC. A través de la ley dictada en 1937, el estado

financió a la AAPC, de tal modo que es necesario incluirla en el conjunto de instituciones que gozaban del reconocimiento del Estado para el fomento cultural y científico, a pesar de que no pertenecía a la burocracia estatal propiamente dicha. Pese a su vínculo orgánico con el Estado en un momento en que este ampliaba su margen de intervención (para mediados de la década de 1940, el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública la consideraba bajo su órbita, según revela su boletín),¹⁸ la AAPC se mantuvo como una asociación científica cuya base financiera estaba compuesta por los aportes societarios. Tuvo pues una naturaleza híbrida dado que, si bien funcionó en estrecha relación con el estado, gozaba de autonomía de decisión y de gestión, escogía sus propias autoridades y no debía rendir cuentas de su presupuesto asignado por ley nacional.¹⁹ La AAPC concedió becas con regularidad hasta el año 1946 en un número que podía variar año a año, según disponibilidad de recursos. Las convocatorias no se cancelaron de inmediato una vez producida la llegada de Juan Domingo Perón al poder, pero quedarían virtualmente en suspenso a partir de 1946 dado que el ministerio que debía aprobar la designación de los becarios decidió no hacerlo, lo cual implicó que las becas no pudieron ser asignadas: según la ley 12338, era función del Poder Ejecutivo aprobar las designaciones y la erogación del gasto. De esta manera, el sistema de becas externas de la AAPC, que llegó a becar un total de 47 científicos argentinos a formarse al extranjero (a lo cual debe sumársele un total de 111 becas internas, para desarrollar investigación en instituciones universitarias argentinas), quedó bloqueado en la práctica. Uno de los científicos argentinos que vio impedida la oportunidad de obtener una beca externa de la AAPC fue el físico José Antonio Balseiro.²⁰ A comienzos de 1949, la asociación resolvió que no volvería a llamar a ese concurso, a propuesta de Houssay, y se concentraría solamente en las becas nacionales.²¹ No hubo a partir de allí un sistema similar que lo reemplazara, al menos, hasta la fundación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en 1958.

Para el análisis, subdividiremos el período 1933-1943 en dos etapas. En una primera, hasta 1937-1938, la AAPC contó con apoyo financiero del Estado a través de subsidios específicos renovables año a año, pero no todavía con el respaldo legal que supuso a partir de 1937 el dictado de la ley 12338, que le daría a partir de allí un financiamiento permanente que no debería ya ser renegociado. Gracias a la vigencia de la nueva ley, los fondos disponibles crecieron y, por consiguiente, también la oferta de becas. A partir de 1937-8, además, pesaría con fuerza la coyuntura internacional, cada vez más agobiada por una eventual guerra europea, lo cual también impactaría en la orientación internacional de la AAPC que hasta entonces estuvo dirigida a forjar vínculos con la ciencia europea, en especial francesa. A partir de 1937-1938, pues, se abrió una nueva etapa caracterizada no solo por un creciente aporte de fondos

regulares a través de la ley, sino también por una nueva orientación internacional que en la coyuntura de avance nazi sobre Europa dirigiría crecientemente su mirada hacia los Estados Unidos.

La etapa europea (1933-1938)

Entre 1933 y 1934 transcurrió el proceso fundacional de la AAPC, desde sus primeras asambleas de socios hasta la obtención de la personería jurídica, gracias a gestiones realizadas ante los poderes públicos. Fue una vez obtenida la personería que la AAPC lanzó su primer concurso de becas, luego de una intensa discusión acerca del reglamento respectivo en la que se llegó a la conclusión de que las becas debían ir dirigidas a profesores universitarios de nacionalidad argentina que tuvieran la posibilidad de abrir nuevos campos de estudio en el país o nuevas líneas de investigación, por lo cual se decidió exigir el compromiso por parte de las universidades de que a su regreso contrataran al becado luego de un año de especialización en el exterior (con posibilidad de extender eventualmente su estancia a una duración máxima de dos años y medio). En el primer concurso de becas de la AAPC se recibieron 23 postulaciones de graduados de un muy variado arco de disciplinas (entre ellas, medicina, veterinaria, química, ingeniería, ciencias económicas, entre otros) y se asignaron solamente 3 becas, dos de ellas costeadas gracias a los fondos obtenidos por el subsidio que el Congreso Nacional le confirió a la asociación.²² La tercera de las becas fue financiada por un convenio que la AAPC logró con la casa francesa Millet y Roux, laboratorio farmacéutico que instaló en 1909 una primera casa subsidiaria en la Argentina para la venta de productos manufacturados y, más tarde, en 1930, en el contexto de la crisis económica, fortaleció su presencia gracias a la fundación en la Argentina de un laboratorio propio. Preocupados por la falta de personal capacitado para cubrir puestos especializados, el laboratorio ofreció a la AAPC el monto equivalente a una beca externa anual otorgada a graduados en medicina o biología que desearan profundizar su formación en institutos de investigación franceses. Así, la AAPC comenzó a ofrecer dos tipos de becas diferentes en 1935, por un lado, las que costeaba directamente con los fondos concedidos por la vía del subsidio estatal, de temática libre, y las becas Millet y Roux, orientadas al área de ciencias biológicas. En las primeras, sus ganadores provenían de disciplinas muy variadas desde tecnología industrial o electroquímica, ciencias biológicas y físicas, e incluso de ciencias humanas. Ahora bien, la articulación con laboratorios, así como también la conciencia de que existía una fuerte imbricación entre ciencia e industria, marcaron el perfil de las primeras convocatorias.

Para el año 1936 la AAPC pudo aumentar a 3 el número de becas costeadas a través del subsidio del Congreso Nacional, a la que se le añadió la de Millet y Roux.²³ Hubo una novedad importante en este llamado: se introdujo un criterio de asignación federal en una de las becas ofertadas, de modo que se diera preferencia a candidatos formados en universidades del interior (Córdoba, Tucumán o Litoral), con la intención de que estos becarios se reinsertaran en las universidades provinciales y pudieran fortalecer sus estructuras científicas (además, se incrementó el número de becas internas concedidas a egresados jóvenes de provincias del interior para que pudieran tener una primera experiencia de investigación en instituto o laboratorio de la región litoral). Solo en caso de que quedara sin postulantes esta plaza que se ofrecía en clave federal se redistribuiría entre los candidatos de las universidades de Buenos Aires o La Plata.²⁴ Para la beca auspiciada por el laboratorio francés se presentaron tres postulantes; para las becas del interior hubo seis y para las generales se alcanzó un número de ocho, de modo que el total de postulantes fue 17. Esto equivale a una proporción de cuatro candidatos por beca aproximadamente. En su gran mayoría, entre los postulantes prevalecieron los médicos, pero hubo también abogados, ingenieros e incluso un candidato de humanidades con diploma del Instituto Superior del Profesorado, quien obtuvo la beca para continuar su formación en el Collège de France (se trata de Marcos Morínigo, que se presentó avalado por Amado Alonso en el campo de la filología hispánica).²⁵ En esta convocatoria no solo se contó con un número de postulantes revelador de la buena acogida que la AAPC encontró en el sistema universitario, sino que fue de destacar que a raíz de esta nueva convocatoria creciera el interés hacia la labor de la AAPC por parte de algunas empresas alentadas a ofrecer becas específicas que llevarían el nombre del patrocinante. Así, por ejemplo, la firma Badaracco y Bordin, de la Farmacia Franco-Inglesa, propuso sostener una beca interna anual para ser desarrollada en la Argentina, y más precisamente en sus propios laboratorios. También el empresario Virginio Grego de la tabacalera “Particulares”, por entonces la más importante del país, y la firma de analgésicos Geniol por el otro, comenzaron a interesarse por las actividades de la AAPC y a brindarle su patrocinio. Otro caso destacado es el de la firma Sauberan que tuvo un compromiso estrecho y sostenido con el financiamiento de la AAPC. Con el patrocinio privado, aunque también con el aval del Estado a través del congreso nacional, como ya se mencionó, la AAPC solidificó su presencia en el campo científico para 1936.²⁶

Al año siguiente la oferta de becas se incrementó notablemente debido a que ese año fue sancionada la ley 12338 por la que la AAPC venía abogando desde su fundación para lograr un aporte estable del Estado. Una vez munidos de su regular apoyo financiero, en 1937 y 1938 pudo ofrecer 4 becas propias (incluso se

contempló la posibilidad de ofrecer 5), a las que se sumó la beca Millet y Roux. Para el concurso de 1937 se recibieron 9 postulaciones a las becas externas de las cuales varias fueron descartadas por falta de antecedentes académicos; dos de estas becas iban dirigidas a provincias del interior, una de ellas a Córdoba y la otra al Litoral.²⁷ Para 1938, nuevamente, hubo postulaciones que no contaron con los antecedentes académicos solicitados (se presentaron sin título universitario, por ejemplo) y otras que llegaron fuera de término: de los 14 postulantes, 3 fueron descalificados. No hubo finalmente postulantes para Córdoba, de tal modo que la plaza reservada para esta provincia se distribuyó entre los otros distritos. Uno de los candidatos que se presentó en el concurso de 1938 y dio lugar a un debate en el colegiado (órgano directivo de la AAPC) fue el físico recién doctorado Ernesto Sábato (que luego desarrollaría una importante carrera literaria) cuya candidatura en un principio despertó suspicacias en la AAPC porque era de público conocimiento el compromiso de Sábato con el comunismo desde sus tiempos de estudiante reformista en la Universidad Nacional de La Plata.²⁸ No caben dudas de que su orientación política de izquierda despertó dudas,²⁹ pero a pesar de ello recibió el apoyo del órgano directivo de la asociación porque se tuvo en cuenta que, si bien era cierto que se había aproximado al comunismo, Sábato ya se había apartado plenamente de él luego de un viaje a la URSS del que habría regresado desencantado.³⁰ Además, se enfatizó, había vuelto con la convicción de dedicarse exclusivamente a la ciencia. Así, finalmente, obtuvo la beca para viajar a Francia.

A la par que crecía la oferta de becas, se consolidó la presencia internacional de la AAPC. En 1936 Houssay viajó a un congreso médico en Estados Unidos y aprovechó la oportunidad para tejer contacto con instituciones científicas norteamericanas en nombre de la AAPC; por ejemplo, se contactó con la American Association for the Advancement of the Sciences.³¹ Además comenzó a tender relación con organismos científicos europeos tales como la Academia Médica Germana o L'Association Française pour l'Avancement des Sciences. Estas conexiones le permitieron convertirse en un canal de difusión en la Argentina de las ofertas vigentes de becas internacionales. Por ejemplo, la AAPC difundió un llamado a becas para médicos argentinos ofrecido por la Academia Médica alemana, que ofrecía hasta 10 plazas para realizar estancias de investigación. En pleno régimen nazi, la convocatoria alemana tuvo escasa repercusión en la Argentina; sin embargo, la Academia Médica Germana mantuvo en pie su oferta y durante varios años realizó una labor sostenida de propaganda para tratar de captar becarios argentinos.³² La institución alemana buscó un convenio con la AAPC para promocionar la ciencia alemana en América Latina y agilizar la diplomacia cultural nazi; sin embargo, la respuesta tuvo escaso eco, a pesar de la fuerte insistencia de los alemanes. Solamente lograron captar un

único interesado para sus becas, el médico cordobés Severo Amuchástegui, discípulo de Oscar Orías, titular del Instituto de Fisiología de la Universidad Nacional de Córdoba, este último muy cercano a Houssay. La AAPC también despertó el interés del Consiglio Nazionale delle Ricerche, órgano científico italiano fundado en 1923 por el gobierno de Benito Mussolini,³³ pero fue la academia alemana la que llevó adelante la labor más intensa de propaganda y de promoción de intercambios con la Argentina. Los vínculos entre la AAPC y los organismos científicos alemán e italiano no llegaron a formalizarse de todas maneras bajo la forma de convenios estables de colaboración. Era claro que el legado reformista en las universidades nacionales hizo que en ámbitos académicos el antifascismo alcanzara mucha fuerza en este período, de ahí que resultara débil cualquier intento de vinculación con las academias provenientes de países bajo regímenes fascistas.

Fue en cambio mucho más sostenido el vínculo con las instituciones científicas francesas. El compromiso con la sede argentina del laboratorio Millet y Roux habilitó un contacto fluido con la academia gala, principalmente a través del Instituto Pasteur. La AAPC también se acercó a la embajada francesa en Buenos Aires para lograr algunos beneficios tales como becas costeadas por el gobierno francés a la que pudieran acceder los argentinos, en conversación con el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires fundado por Adolfo Bioy (padre), como así también diversas facilidades para los becarios de la AAPC en Francia, tales como rebajas en pasajes, en el alojamiento e incluso extensiones de las becas de los becarios de la AAPC que pudieran ser financiadas parcialmente por instituciones científicas francesas. En 1938, la AAPC alcanzó un importante acuerdo con la embajada francesa mediante el cual esta se comprometió a otorgar seis becas para científicos argentinos (un número importante para la época) para especializarse en universidades o laboratorios franceses, en acuerdo con el Instituto de la Universidad de París y con la propia AAPC, que se encargaría de la selección de los postulantes.³⁴ No obstante, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939, y luego con la invasión de Francia por el nazismo, el proyecto quedó en suspenso.³⁵ Las becas Millet y Roux, dirigidas a sostener la formación de médicos y biólogos en laboratorios franceses, se vieron interrumpidas. En ese contexto, la labor de la AAPC se orientó hacia la academia norteamericana, como se verá.

AAPC y Estados Unidos. Panamericanismo y ciencias en tiempos de guerra.

En tiempos de guerra, los intercambios internacionales impulsados por la AAPC se volcaron fundamentalmente hacia la academia norteamericana; la guerra

fue un factor que alteró la dinámica del funcionamiento de varias disciplinas académicas (quizás los casos más estudiados en este sentido sean la literatura y la filología)³⁶ y también de sus instituciones. Es cierto que hubo presión por parte de la asociación cultural japonesa Kokusai Bunka Shinkokai (KBS), encargada de la diplomacia cultural del imperio nipón a nivel internacional, para intentar extender su influencia sobre la Argentina a través de la AAPC en un momento de fuerte expansionismo japonés, por lo cual no sorprende encontrar a dicha asociación preocupada por el hecho de que la AAPC no enviara becarios al Japón.³⁷ La iniciativa de los japoneses, que se suma a sus aliados italianos y alemanes en la guerra, revelaba lo significativo que resultaba para el “imperio del sol naciente” la expansión de su diplomacia cultural en la Argentina, como vía de entrada además a América Latina, en un momento en que la AAPC comenzaba a tener creciente prestigio a nivel regional, tratándose del primer organismo de ciencia y técnica en América Latina con capacidad de gestión de becas tanto nacionales como internacionales y subsidios de investigación.³⁸ En este contexto es de destacar que a partir de 1940 las becas Millet y Roux se reorientaron para alentar a los médicos paraguayos a realizar estudios de posgrado en la Universidad de Buenos Aires, lo cual reforzaría a nivel subcontinental la academia argentina; en efecto, en 1940, la AAPC abrió un concurso dirigido pura- y exclusivamente a médicos formados en universidades del Paraguay. Ahora bien, los resultados fueron decepcionantes dado que la calidad de la formación de los postulantes fue juzgada deficiente.³⁹ Finalmente este concurso se cerró y en las siguientes convocatorias la beca Millet y Roux se volcó hacia egresados del interior argentino alentándolos a continuar su formación en Buenos Aires, es decir que estas becas quedaron reducidas a la órbita puramente nacional. Solamente una vez concluida la Segunda Guerra Mundial la beca Millet y Roux fue restablecida como beca de intercambio entre Francia y la Argentina.

Mientras tanto los contactos con la ciencia norteamericana se aceleraron. En 1939 Waldo Leland, presidente del American Council of Learned Societies (ACLS), federación de asociaciones científicas de Estados Unidos que en la década de 1930 comenzó a orientarse hacia América Latina, viajó a la Argentina y ante esa noticia la AAPC se apresuró a entrar en contacto; lo mismo se hizo en lo que respecta a la American Association for the Advancement of the Sciences (esta última contaba con financiamiento de las fundaciones Carnegie y Rockefeller).⁴⁰ A través de estos contactos, la AAPC esperaba reforzar sus conexiones, a fin de aceitar contactos que facilitarían el envío de becarios argentinos a Estados Unidos. Diversas instituciones norteamericanas habían reforzado su presencia en la Argentina en la década de 1930 de la mano de la política de la predicada “buena vecindad” durante el gobierno de F. D. Roosevelt, tal como se advierte por ejemplo a través de la beca concedida a la médica Perlina Winocur (que

tenía una labor destacada como pediatra y además estaba a cargo de Sanidad Escolar en Buenos Aires) por la American Association of University Women para trabajar en el John Hopkins Hospital, o bien la beca concedida a la arquitecta Carmen Renard, para hacer estudios de posgrado en Barnard College, dos becas que se sumaban a las que ya había promovido la Universidad de Harvard a fines de los años veinte.⁴¹ Asimismo, en 1940, cuando se celebró el VIII Congreso Científico Panamericano en Washington, organizado por la Unión Panamericana fundada por Leo Rowe, participaron en él tres investigadores argentinos que eran becarios de la AAPC y estaban desarrollando por entonces su beca en los Estados Unidos.⁴²

En 1940 los contactos se intensificaron. Ese año Buenos Aires recibió la visita de Robert Lambert, agente de la Fundación Rockefeller que desde la década de 1920 trabajaba por fortalecer los vínculos con diferentes países latinoamericanos, con especial preocupación por la formación de los médicos; Lambert ya había viajado a la Argentina y había tenido ocasión de ver de cerca la labor desempeñada por Houssay en el Instituto de Fisiología de la Universidad de Buenos Aires, que recibía financiamiento de la Fundación Rockefeller. Estos contactos permitieron que la AAPC contara con excelente asesoramiento para el envío de becarios a Estados Unidos: recibía recomendaciones y contactos en universidades, institutos y hospitales a través de los agentes de la Fundación Rockefeller que ayudaban a la inserción de los becarios externos de la AAPC. Además, la asociación argentina se contactó con la Oficina Sanitaria Panamericana, de la Unión Panamericana. El contacto con la Fundación Guggenheim fue también fluido dado que esta apoyó a muchos becarios argentinos para que pudieran prolongar sus estancias en Estados Unidos; fue igualmente asiduo el contacto con una universidad como Harvard que venía fortaleciendo su presencia en la Argentina (para afianzar vínculos, invitó a directivos de la AAPC en 1941).⁴³ Otras universidades como la de Michigan o Santa Clara, en California, ofrecieron becas dirigidas exclusivamente a graduados argentinos. En lo que respecta a la Fundación Rockefeller, por otra parte, se destaca que esta concedió numerosas becas para extender las estancias de los becarios de la AAPC (en especial, los que venían bien recomendados por Houssay) e incluso financió la compra de aparatos especializados de laboratorio para que pudieran llevárselos a la hora de su regreso a la Argentina, como ocurrió en el caso de uno de los becarios más prestigiosos, discípulo de Houssay, el médico Eduardo de Robertis. Fue también significativa la colaboración de Nelson Rockefeller, del Office of Inter-American Affairs (OIAA) fundado en 1940 con la finalidad de fortalecer la diplomacia cultural de Estados Unidos en la región latinoamericana, de intensa labor en estos años signados por la coyuntura bélica y por la preocupación por encontrar apoyos a nivel continental para los aliados, en nombre del panamericanismo.⁴⁴

La agencia encabezada por Nelson Rockefeller se involucró directamente con instituciones científicas de la Argentina, con el asesoramiento de la AAPC. Así, por ejemplo, en 1942 brindó respaldo financiero al Instituto Miguel Lillo de Tucumán, especializado en botánica, gracias a la mediación de un becario de la AAPC, para la donación del Gray Card Index, publicación especializada en taxonomía botánica que según las autoridades de la AAPC constituyó “una donación de alto valor científico y económico”.⁴⁵

Ahora bien, no debe creerse que la colaboración de la AAPC con la Fundación Rockefeller y las diversas instituciones norteamericanas que hemos mencionado pusieran en riesgo su autonomía. Lejos de ello, la AAPC tenía en claro que no estaba dispuesta a convertirse en su apéndice. Se había consolidado gracias al reconocimiento y el financiamiento del Estado argentino, que sostenía la mayor parte de sus becas en el extranjero. Sin perder de vista su misión y su autonomía, sostuvo insistentes pedidos a la embajada de Estados Unidos a fin de lograr que a través del gobierno norteamericano la AAPC pudiera obtener pasajes en barco con descuento. En 1939, luego de varias conversaciones con el embajador Norman Armour, logró un primer avance: una rebaja de 50% en un único boleto al año para los becarios de la asociación. La decisión de sólo conceder rebajas en un pasaje por año resultó decepcionante: en la memoria y balance de ese año, se reiteró el deseo de extender este beneficio a todos los becarios. Cabe destacar los términos en los que se argumentaría el asunto: “esperamos que esta franquicia se acuerde a nuestros cuatro becados anuales, con lo cual se daría una buena prueba de que la buena vecindad se refiere también a las cosas culturales”.⁴⁶ Claramente no había una posición de subordinación frente a las agencias norteamericanas ni tampoco una silenciosa aceptación de algo que era percibido como netamente insuficiente. La preocupación por encontrar apoyos norteamericanos para costear los traslados de los becarios (y sus familias) fue una constante, aun cuando se lograría ampliar progresivamente los beneficios para la AAPC. Incluso en carta a Lambert, el agente de la Fundación Rockefeller, Houssay diría algo parecido: “las compañías norteamericanas son las únicas que no conceden rebajas, pero parecen preferir la política del dollar a la de la buena vecindad”.⁴⁷ En 1941 la AAPC por fin logró un descuento del 20% en los boletos de barco para todos los becarios, incluido su núcleo familiar. A fines de 1941, ese porcentaje se elevó al 25%, pero era un mal momento: cuando Estados Unidos ingresó en la guerra, los viajes en barco comenzaron a volverse cada vez más inseguros y se hizo necesario negociar acuerdos con aerolíneas para alentar los viajes en avión, aunque fuere en algunos tramos del recorrido.

El reclamo de que la predicada “buena vecindad” no podía limitarse a pura retórica expresaba una fuerte determinación por parte de la AAPC de defender su gestión con autonomía con respecto a la Embajada de Estados Unidos y,

en general, con respecto a las instituciones científicas norteamericanas. Ahora bien, la preocupación no iba dirigida simplemente a obtener apoyos para los becarios, sino que aspiraba además a algo intangible: buscaba afianzar el reconocimiento y el prestigio para la ciencia argentina. Esta era, de hecho, la principal preocupación de Houssay, algo que se traslucía por el modo en que le escribía Eduardo de Robertis cuando era becario en Estados Unidos: “supongo que allí siguen ignorando a la Argentina y que su pequeña producción científica es casi desconocida”.⁴⁸ Houssay les recordaba además a los becarios que defendieran y promovieran sus experiencias de investigación en Argentina, en especial en el Instituto de Fisiología y, más todavía, les insistía en la necesidad de fortalecer la producción científica en lengua española, en contraste con el inglés: “publicaremos siempre en castellano, como es nuestro deber. Aparecerán síntesis en otros idiomas”,⁴⁹ le escribía a Virgilio Foglia y a de Robertis a su vez le enfatizaba que “aunque pueda convenir que publiquemos en inglés algunos resúmenes de nuestros trabajos, debemos mantener el idioma castellano y prestigiarlo”.⁵⁰ No era menor tampoco la preocupación por la difusión en el norte de los avances científicos del sur, una preocupación insistente de Houssay hacia los becarios en Estados Unidos, en tono desafiante para con cualquier prejuicio acerca de la capacidad sudamericana de generar conocimiento. Así, lo instaba a Foglia que sea enfático al recalcar el valor científico del trabajo realizado desde la Argentina:

si alguno niega la acción diabética en perros normales, levántese y diga: en nuestro instituto, desde 1932 se inyectan animales sin cesar y en cinco años [...] la diabetes hipofisaria se obtiene en la mayor parte de los casos por inyección intraperitoneal de extracto alcalino anterohipofisario. [...] Si le permiten hacerlo, presente lo anterior por escrito: Foglia y Houssay, Diabetogenic action of the anterior pituitary extracts, o si no, como discusión suya.⁵¹

No había pues una actitud condescendiente con la academia científica norteamericana.

La estrategia de la AAPC no consistió, pues, en volverse dependiente de agencias norteamericanas, sino en lograr reconocimiento internacional para fortalecerse y, a la par, lograr sobresalir a nivel regional; dicho de otro modo, el reconocimiento de las agencias y fundaciones de Estados Unidos ayudaría a que la AAPC cobrara creciente prestigio en América Latina. Ello entrañaba sin embargo un riesgo: que se la percibiera como mera extensión de la academia norteamericana, algo por demás delicado en un momento en que recrudecían las presiones de Estados Unidos para que la Argentina se alineara con los Aliados en la Segunda Guerra Mundial. En 1942, cuando la Fundación Rockefeller donó

fondos para que la AAPC pudiera reforzar su programa de becas internacionales, se desencadenó un debate en el órgano directivo de la asociación en el que se expresaron reparos frente a ese ofrecimiento. Houssay terminó defendiendo la aceptación de los fondos de la fundación norteamericana siempre que la AAPC conservara la autonomía en las decisiones (los nombramientos, los criterios para la evaluación de los postulantes y la autonomía en todo el proceso de selección de candidatos) para garantizar de este modo que los fondos no se convirtieran en una estrategia para subordinar a la AAPC. La Fundación Rockefeller aceptó sin problemas estas condiciones y tiempo después se mostraría satisfecha por los resultados obtenidos, pero la experiencia de 1942 no se volvió a repetir.

Colofón

Desde su fundación, la AAPC aspiró a fortalecer la ciencia argentina para proyectarla en la región en gran medida a través de becas para egresados de la Argentina, aunque también de países vecinos.⁵² Esta preocupación se trasluce en la beca que en 1940 la AAPC acordó con el laboratorio Millet y Roux para que médicos paraguayos viajaran a la Argentina a completar su formación, si bien no dio los resultados esperados.⁵³ La preocupación por reforzar a nivel regional la ciencia argentina a través de la AAPC se produjo a la par de que la Comisión Nacional de Cultura comenzara a implementar becas para graduados latinoamericanos.⁵⁴ Esta orientación se afianzó por demás cuando el médico paraguayo Mario Luis de Finis obtuvo una beca de la Comisión Nacional de Cultura para trabajar en el Instituto de Fisiología bajo la dirección de Houssay. La noticia de la beca para de Finis fue bien recibida por la fundación Rockefeller como una constatación de que la Argentina se estaba convirtiendo en un polo científico de impacto subcontinental. Lejos de verla como una potencial competencia que podría rivalizar con la fundación norteamericana, esta consideró por el contrario que le sería de mucha ayuda que el campo científico se fortaleciera en la Argentina porque contribuiría a descomprimir la creciente afluencia de científicos latinoamericanos a los Estados Unidos. En las propias palabras de Lambert, agente de la Fundación Rockefeller, “animamos a los jóvenes profesores de fisiología de Sudamérica a que acudan a ustedes en lugar de venir a Estados Unidos, sobre todo en los casos en los que el profesor no habla inglés. Acabamos de recibir una consulta sobre la posibilidad de enviar a Buenos Aires a un fisiólogo de otro país para que estudie con usted”.⁵⁵ Dicho de otro modo, la perspectiva de que la Argentina se convirtiera en un polo científico regional era visto con aliento por la propia Fundación Rockefeller dado que la exigencia del idioma inglés podía producir cortocircuitos en la relación con América Latina.

De todas maneras, había otros factores adicionales que podían redundar en beneficio del desarrollo científico argentino. A partir de 1941, cuando Estados Unidos ingresó a la Segunda Guerra Mundial, la embajada norteamericana comenzó a solicitar que los becarios fueran entrevistados acerca de su percepción de la política exterior norteamericana y su posición en la guerra, de tal modo que los que se encontraran próximos a posiciones nacionalistas difícilmente accederían a becas norteamericanas.⁵⁶ El crecimiento del nacionalismo en la Argentina desde la década de 1920 no pasaba inadvertido para la diplomacia norteamericana. Cuando en 1943 tuvo lugar el golpe militar del 4 de junio en la Argentina, la AAPC tuvo un intento de acercamiento al nuevo gobierno (llegó a pedir una entrevista con el general Pedro Ramírez) y asimismo inició conversaciones con el Ministerio de Relaciones Exteriores a fin de alentarle a que llevara adelante una diplomacia cultural activa en los países vecinos a través de la promoción de becas de investigación de la AAPC. El gobierno militar, sin embargo, entró en colisión con el campo científico y universitario, muy movilizado políticamente en el campo antifascista.⁵⁷ En los meses subsiguientes, se produjeron cientos de cesantías en las universidades, incluidas la del propio Houssay, mientras el gobierno implementaba políticas de cariz netamente represivo y autoritario que incluyeron el cierre de los partidos políticos y la introducción de la enseñanza religiosa obligatoria.⁵⁸

La intervención del gobierno militar sobre las universidades fue leída como un gesto oscurantista por parte de un gobierno percibido en ámbitos universitarios y antifascistas como de abierta inclinación por el Eje. Ahora bien, esta imagen de los militares que comandaron el golpe hizo perder de vista la creciente preocupación que diferentes voces dentro del Ejército venían demostrando desde los años treinta por la ciencia, en su articulación con la industria, la técnica y la defensa y, sobre todo, durante la guerra. El general Mosconi y el coronel Manuel Salvio alentaron, de hecho, tanto la fundación de Yacimientos Petrolíferos Fiscales en 1922 como la de Fabricaciones Militares, esta última en 1941. La preocupación por la ciencia, que se percibía estrechamente asociada a la defensa, así como también, en un sentido más amplio, al desarrollo nacional, se afianzó desde la década de 1930 de la mano del fuerte crecimiento industrial. La AAPC compartía muchas de estas ideas, de hecho, venía abogando desde su fundación por lograr el respaldo del Estado, así como por afianzar la articulación entre ciencia, técnica, industria e, incluso, defensa. En este sentido, el gobierno militar, presionado por el contexto bélico global y por los Estados Unidos, no tardó en demostrar su preocupación por el campo científico. Poco después del golpe, circuló el proyecto (que se discutiría en la Sociedad Científica Argentina, así como en la AAPC) de establecer una agencia que centralizara toda la actividad científica en el país, proyecto que fue recibido con rechazo y preocupación en la

AAPC por el modo en que atentaba contra su autonomía; también se comentó un eventual decreto que regularía las becas internacionales concedidas por instituciones argentinas como la AAPC.⁵⁹ Todo esto fue percibido como una injerencia netamente autoritaria, pero a la vez revelaba la preocupación que el área había comenzado a despertar entre los militares, que seguramente la juzgarían estratégica. Así, no es de sorprender que en 1944 encontremos que entre los postulantes a las becas externas de la AAPC hubiera un ingeniero militar que quería continuar su especialización en el Massachusetts Institute of Technology (MIT), beca que le fue concedida por el colegiado directivo de la AAPC, cuyos contactos con las instituciones científicas de Estados Unidos también pudieron ser capitalizados por militares que, si bien ideológicamente podían ser adscriptos a una posición política nacionalista, buscaban afianzarse en el área tecnológica sin renegar de los adelantos científicos norteamericanos acerca de los cuales aspiraban a ponerse al día.⁶⁰ A pesar de que el golpe militar supuso un duro trance para Houssay, exonerado de su cargo en la Universidad de Buenos Aires, la AAPC no vaciló en conceder la beca a un militar. De tal manera que el análisis del papel de la AAPC en este período pone en evidencia la complejidad del campo al que este artículo procura aportar, en el cruce entre ciencia, Estado y diplomacia cultural para la Argentina de las décadas de 1930 y 1940.

Becas externas concedidas por la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias (fecha, becario, disciplina, institución y país de acogida)

Año	Becario	Disciplina	Institución y/o país de acogida del becario
1935	J. C. Speroni	Veterinaria	Leeds University, Inglaterra
1935	S. A. Celsi	Bioquímica	Instituto de Física y Química, España
1936	M. Morínigo	Lingüística	École des Hautes Études, París, Francia
1936	R. Schwartz	Medicina	Institut Pasteur, París, Francia
1936	A. Manso Soto	Bacteriología	London School of Hygiene and Tropical Medicine, Inglaterra
1936	L. Pirotsky*	Medicina	Instituto Pasteur, París, Francia
1937	F. Cernuschi	Astrofísica	Princeton University, Estados Unidos
1937	J. M. Fernández	Medicina (lepra)	París, Francia
1937	E. Moisset d'Españés*	Medicina	Facultad de Medicina, París, Francia

Año	Becario	Disciplina	Institución y/o país de acogida del becario
1938	V. S. Nicollier	Ciencia del suelo	Harvard University, Estados Unidos
1938	J. Vallega	Agronomía	Minnesota University, Estados Unidos
1938	E. Sábato	Física	Instituto del Radio, París, Francia
1938	A. C. Taquini	Cardiología	Harvard University, Estados Unidos
1938	C. Romaña*	Médico	Instituto Pasteur, París, Francia
1939	Inés L. C. de Allende	Endocrinología	Rochester University, Estados Unidos
1939	A. J. Llacer	Bioquímica	New York University, Estados Unidos
1939	C. A. O'Donnell	Bioquímica	Harvard University, Estados Unidos
1939	J. A. Durelli	Ingeniería	Massachusetts Institute of Technology, Estados Unidos
1939	J. A. Sozzi	Bioquímica	New York University, Estados Unidos
1939	F. Ludueña	Farmacología	Stanford University, Estados Unidos
1939	J. Thenon*	Psiquiatría	Facultad de Medicina, París, Francia
1939	E. de Robertis*	Médico	Facultad de Medicina de Lyon, Francia
1940	A. Mariaio	Agronomía	Minnesota University, Estados Unidos
1940	J. Mendivo	Química	Connaught Laboratory, Canadá
1940	J. Nesi	Anestesiología	Mayo Clinic, Estados Unidos
1940	S. Ammatuna*	Médico	Becario paraguayo en el Instituto de Fisiología, UBA, Argentina
1941	J. Blasco	Estadística	Washington University, Estados Unidos
1941	R. Pontis Videla	Ing. Agrónomo	University of California, Estados Unidos
1941	E. Viacava	Médico	Memorial Hospital, Nueva York, Estados Unidos
1941	A. Bence	Medicina	Philadelphia University, Estados Unidos
1941	A. Monchablon	Ingeniería	Departamento de Petróleo y Minas, Santiago de Chile
1942	F. González Bonorino	Petrología	Chicago University, Estados Unidos
1942	E. Zarantonello	Matemática	Harvard University, Estados Unidos
1942	E. Sívori	Fisiología vegetal	California Institute of Technology, Estados Unidos
1943	J. Iribarne	Química	Princeton University, Estados Unidos

Año	Becario	Disciplina	Institución y/o país de acogida del becario
1943	E. Sartori	Fruticultura	University of California, Estados Unidos
1943	I. de Crouzel	Ciencias naturales	Departamento de Agricultura, Washington, Estados Unidos
1944	M. E. Luterau	Ingeniería	Massachusetts Institute of Technology, Estados Unidos
1944	A. Sáenz	Médico	Michigan University, Estados Unidos
1944	R. Caputto	Química biológica	Cambridge University, Inglaterra
1945	N. Nittelman	Médico	Harvard University, Estados Unidos
1945	E. Alianak	Ingeniería	Columbia University, Estados Unidos
1945	A. E. Rodríguez	Física-matemática	Edinburgh University, Escocia
1946	G. Covas	Ingeniería	University of California, Estados Unidos
1946	A. Hussiker	Ingeniería agrónoma	Harvard University, Estados Unidos
1946	H. Puente	Química	Cambridge University, Inglaterra
1947	L. Breier **	Médico	Hospital Beaujoin de París, Francia
1953	B. Nusimovich***	Médico	Harvard University, Estados Unidos

Tabla de elaboración propia a partir de *Memoria y balance anual* de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, diferentes años, 1930-1958.

* Becas externas costeadas con el apoyo del Laboratorio Millet y Roux, Francia.

** Beca externa costeada con el apoyo del Laboratorio Millet.

*** Beca externa costeada con el apoyo del Laboratorio Merck.

Notas

1. Laura Fotia, “Proyección y política cultural estadounidense en argentina (1928-1941)”, *Revista Complutense de Historia de América*, 41 (2015), pp. 21-46; Pablo Buchbinder, “Los orígenes de la Institución Argentino-Germana: una aproximación al intercambio académico de la Universidad de Buenos Aires en tiempos de la primera posguerra”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 51 (2014); Miranda Lida, “Redes universitarias de la Institución Cultural Española. Un capítulo argentino de la emigración”, en Marcela Croce (ed.), *El exilio español y sus consecuencias latinoamericanas*, (Buenos Aires: Teseo, 2021).
2. Ricardo Salvatore, *Los lugares del saber: contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno* (Rosario: Beatriz Viterbo, 2007); Benedetta

- Calandra y Marina Franco, *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas* (Buenos Aires: Biblos, 2012); Ximena Espeche y Laura Ehrlich, “Guerra Fría cultural en América Latina: prácticas del saber en conflicto”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, 23 (2019), pp. 173-179.
3. Gonzalo Aguilar y Mariano Siskind, “Viajeros culturales en la Argentina (1928-1942)”, en Noé Jitrik (dir. de colección) y María Teresa Gramuglio (dir. de tomo), *Historia crítica de la literatura argentina* (tomo 6. El imperio realista) (Buenos Aires: Emecé, 2002), pp. 367-91; Martín Bergel, *Los viajes latinoamericanos de la reforma universitaria* (Rosario: HyA ediciones, 2018); Adriana Petra, “María Rosa Oliver, el comunismo y la cultura argentina”, *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* (octubre de 2020), disponible en: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.82126>; Alexandra Pita González (comp.), *Redes intelectuales transnacionales en América Latina durante la entreguerra* (México: Universidad de Colima-Porrúa, 2016).
 4. Philippe Urfalino, “Historia de la política cultural”, en Jean P. Rioux y Jean F. Sirinelli (eds.), *Para una historia cultural* (México: Taurus, 1997), pp. 327-340; Federico Neiburg y Mariano Plotkin, *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (Buenos Aires: Paidós, 2004); Mariano Plotkin y Eduardo Zimmermann, *Los saberes del estado* (Buenos Aires: Edhasa, 2012); María I. De Torre, “El Estado y las Musas. Los premios como instrumento de incentivo a la producción artística: un modelo a pequeña escala de las políticas culturales en el Uruguay entre 1925 y 1930”, *Encuentros Uruguayos*, VI: 1 (2013), pp. 1-31; Salvatore, *Los lugares*, pp. 9-32.
 5. Elida Blasco, *Un museo para la colonia. El museo histórico y colonial de Luján (1918-1930)* (Rosario: Prohistoria, 2011); Ana C. Agüero, *El espacio del arte. Una microhistoria del Museo Politécnico de Córdoba entre 1911 y 1916* (Córdoba: Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades- Universidad Nacional de Córdoba, 2009); Laura Malosetti Costa, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fin del siglo XIX* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001); Matías Zarlenga, “La nacionalización de la Academia de Bellas Artes de Buenos Aires”, *Revista Mexicana de Sociología*, 76: 3 (2014), pp. 383-411.
 6. Leandro Lacquaniti, “La Comisión Nacional de Cultura. Estado y política cultural en la década de 1930”. Tesis de maestría no publicada, Universidad Torcuato Di Tella, 2020.
 7. Adriana Petra, “El Proyecto Marginalidad: los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural”, *Políticas de la memoria*, 8/9 (2008-2009), pp. 249-260; Mariano Plotkin, “US Foundations, Cultural Imperialism and Transnational Misunderstandings: The Case of the Marginality Project”, *Journal of Latin American Studies*, 47: 1 (2014), pp. 65-92.
 8. Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en Argentina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006); Adrián Gorelik, *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo XX* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2022); Miranda Lida, “La Fundación Rockefeller y la Institución Cultural Española de Buenos Aires frente al exilio republicano español en la Argentina. El caso de Claudio Sánchez Albornoz”, *Revista de Indias*, 80: 279 (2020), pp. 509-539; Karina Ramacciotti, “La Fundación Rockefeller y la enfermería en Chile y Argentina en los años cuarenta”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (2019), disponible en <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.76252>
 9. “Fund presented by Hoover”, *The New York Times*, 16.12.1928; “Twelve scholars awarded by Harvard”, *The New York Times*, 17.10.1930.
 10. Gisela Cramer y Ursula Prutsch, *¡Américas Unidas! Nelson A. Rockefeller’s Office of Inter-American Affairs (1940-46)* (Madrid y Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2012);

- Andrea Matallana, *Nelson Rockefeller y la diplomacia del arte en América Latina* (Buenos Aires: Eudeba, 2021); Darlene Sadlier, *Americans All: Good Neighbor Cultural Diplomacy in World War II* (Austin: University of Texas Press, 2012); Juan P. Scarfi, *The Hidden History of International Law in the Americas: Empire and Legal Networks* (Oxford: Oxford University Press, 2017); Antonio P. Tota, *O amigo americano: Nelson Rockefeller e o Brasil* (Sao Paulo: Companhia das Letras, 2014).
11. “Two more nations get Guggenheim aid”, *The New York Times*, 26.10.1930.
 12. Marcos Cueto, *Missionaries of Science: The Rockefeller Foundation and Latin America* (Bloomington: Indiana University Press, 1994); Inderjeet Parmar, *Foundations of the American Century. The Ford, Carnegie and Rockefeller Foundations in the Rise of American Power* (New York: Columbia University Press, 2012); Álvaro Morcillo Laiz, “La gran dama: Science Patronage, the Rockefeller Foundation and the Mexican Social Sciences in the 1940s”, *Journal of Latin American Studies*, 51: 4 (2019), pp. 829–854.
 13. Gonzalo Rubio García, “El antiimperialismo en cuestión: antecedentes y exaltaciones del antinorteamericanismo en los relatos del revisionismo histórico”, *PolHis*, 10: 19 (2017), pp. 116-151; Martín Bergel, “El antinorteamericanismo en América Latina (1898-1930). Apuntes para una historia intelectual”, *Nueva Sociedad*, 236 (2011), pp. 152-167.
 14. Carta de Bernardo Houssay a Robert Lambert, Buenos Aires, 26.1.1940, Archivo Houssay (en adelante, AH), Buenos Aires.
 15. Carta de Bernardo Houssay a Robert Lambert, 15.11.1940, Archivo de la Fundación Rockefeller, Sleepy Hollow, General Correspondence, Series 1940 /301, Box 198.
 16. Miranda Lida, “Variaciones sobre la hispanidad a la luz de 1939. La Institución Cultural Española de Buenos Aires entre el falangismo y el exilio republicano”, *Historia*, 52 (2019), pp. 471-489; Eduardo Ortiz y Héctor Rubinstein, “La física en la Argentina en los dos primeros tercios del siglo XX: algunos condicionantes exteriores a su desarrollo”, *Revista Brasileira de História da Ciência*, 2: 1 (2009), pp. 40-81; Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, “Las relaciones culturales de España en tiempo de crisis: de la II República a la Guerra Mundial”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V. Historia Contemporánea*, vol. 7 (1994), pp. 259-294.
 17. Pablo Buchbinder, “Intercambio académico y disputas internacionales: la Universidad de Buenos Aires en los años veinte”, *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 10: 16 (2019), pp. 25-50; José M. López Sánchez, “La Junta de Ampliación de Estudios y su proyección americanista: la Institución Cultural Española de Buenos Aires”, *Revista de Indias*, 239 (2007), pp. 81-102.
 18. *Boletín del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación Argentina*, V (33), (1942), p. 1066.
 19. Miranda Lida, “Ciencia, sociedad y Estado en la Argentina. Un abordaje a través de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias (1930-1943)”, *Estudios Sociales del Estado*, 8: 16 (2022), pp. 213-241.
 20. Acta 171, 4.6.1948, Actas de AAPC (en adelante, AAAPC), Archivo de la Academia Nacional de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales (en adelante, AANCEFN), libro 3, ff.62-64.
 21. Acta 176, 13.5.1949, AAAPC-AANCEFN, libro 3, ff.93-94; Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, *Anuario 1958*, Buenos Aires, 1958.
 22. Acta 29, 29.7.1935, AAAPC, AANCEFN, libro 1, f. 87.
 23. Acta 48, AAAPC, AANCEFN, libro 1, ff. 118-119.
 24. Acta 44 y 46 AAAPC, AANCEFN, libro 1, ff. 113-114 y f. 116.
 25. Actas 57 y 58, AAAPC, AANCEFN, libro 1, f. 136 y f. 139.

26. Actas 53 y 61, AAAPC, AANCEFN, libro 1, ff. 123-126 y 145-148.
27. Acta 68, AAAPC, AANCEFN, libro 1, ff. 163-165.
28. Acta 75, AAAPC, AANCEFN, libro 1, ff. 193-194. Acerca de la trayectoria de Sábato, véase Pablo M. Pérez Branda, “Los estudiantes comunistas durante la primera mitad de la década de 1930. La agrupación *Insurrexit*”, *Ciclos*, XVI: 31-32 (2007), pp. 107-123.
29. El procedimiento de selección y asignación de recursos fue estudiado por Karina Ramacciotti y Edmundo Cabrera Fisher, “Un subsidio científico trunco. Mario Bunge y la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias”, *Res Gesta*, 48 (2010). Disponible en <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/subsidio-cientifico-trunco-mario-bunge.pdf>
30. Acta 75, AAAPC, AANCEFN, libro 1, f. 193.
31. Acta 44 y Acta 89, AAAPC, AANCEFN, libro 1, ff. 112-113 y ff. 238-239.
32. Actas 66, 74, 75 y 83, AAAPC, AANCEFN, libro 1, f. 159, f. 184, f. 188 y f. 216.
33. Acta 79, AAAPC, AANCEFN, libro 1, f. 201.
34. Actas 71 y 82, AAAPC, AANCEFN, libro 1, ff. 172-173 y 208.
35. Acta 91, AAAPC, AANCEFN, libro 1, f. 247.
36. Fernando Degiovanni, *Vernacular Latinamericanisms. War, the Market, and the Making of a Discipline* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2018). Miranda Lida, *Amado Alonso en la Argentina. Una historia global del Instituto de Filología* (Bernal: Universidad nacional de Quilmes, 2019).
37. Acta 95, 29.5.1940, AAAPC; AANCEFN, libro 1, f. 261.
38. Manuel Marí, *Ciencia, tecnología y desarrollo. Políticas y visiones de futuro en América Latina* (Buenos Aires: Teseo, 2018); Diego Hurtado, *La ciencia argentina. Un proyecto inconcluso: 1930-2000* (Buenos Aires: Edhasa, 2010); Miguel De Asúa, *Una gloria silenciosa. Dos siglos de ciencia argentina* (Buenos Aires: del Zorzal, 2010).
39. Acta 96, 21.6.1940, AAAPC, AANCEFN, libro 1, ff. 269-270.
40. Acta 89, 12.9.1939, AAAPC, AANCEFN, libro 1, f. 238.
41. “Women’s research abroad brings scientific reward”, *The New York Times*, 2.5.1937; “Buenos Aires girl wins 1200\$ Barnard Award”, *The New York Times*, 13.5.1940.
42. Acta 96, 21.6.1940, AAAPC, AANCEFN, libro 1, f. 268.
43. Acta 108, AAAPC, AANCEFN, libro 2, ff. 34-35.
44. Acta 102, 110, 115 y 118, AAAPC, AANCEFN, libro 2, ff 1-2, ff. 34-35, f.74 y f. 99.
45. Acta 118, 11/12/1942, AAAPC, AANCEFN, libro 2, f.90.
46. Acta 91, AAAPC-AANCEFN, libro 1, f. 247.
47. Carta de Bernardo Houssay a Robert Lambert, de la Fundación Rockefeller, 9.1.1941, AH 08-6 /2883 disponible online en https://www.museohoussay.org.ar/img/cartasPdf/06AH002883_000652_1.pdf
48. Carta de Bernardo Houssay a Eduardo de Robertis, 15.1.1940, 08-6/2112, AH, disponible online en <https://www.museohoussay.org.ar/carta/514>
49. Carta de Bernardo Houssay a Virgilio Foglia, 3.3.1938, AH, disponible en <https://www.museohoussay.org.ar/carta/611>
50. Carta de Bernardo Houssay a Eduardo de Robertis, s/f (circa 1940), AH, disponible en <https://www.museohoussay.org.ar/carta/522>
51. Carta de Bernardo Houssay a Virgilio Foglia, Buenos Aires, 3.3.1938, disponible online en www.museohoussay.org.ar/carta/611
52. Actas 15 y 72, AAAPC, AANCEFN, libro 1, f. 58 y 173.
53. Acta 96, AAAPC, AANCEFN, libro 1, ff. 268-269.
54. Lacquaniti, *La Comisión Nacional*.

55. Carta de Robert Lambert a Bernardo Houssay, 13.11.1941, AH, 086/1867, disponible online en <https://www.museohoussay.org.ar/carta/333>
56. Acta 116, 14/10/1942, AAAPC, AANCEFN, libro 2, f. 80.
57. Miranda Lida, “Las universidades argentinas, el antifascismo y el exilio científico e intelectual republicano español. El papel de la Institución Cultural Española de Buenos Aires, 1936-1945”, *Anuario IEHS*, Suplemento 2023: *Matrioskas irregulares. Historia global del antifascismo en Argentina y Latinoamérica: espacios, culturas, temporalidad*, pp. 311-326.
58. Miranda Lida e Ignacio López, *La dictadura de junio de 1943. Un golpe decisivo* (Buenos Aires: Edhasa, 2023).
59. Actas 125 y 127, AAAPC, AANCEFN, libro 2, ff. 126-129 y 136-140.
60. Acta 134, AAAPC-AANCEFN, libro 2, ff. 182-183. Acerca de la relación entre el Ejército, la ciencia, la tecnología y su visión asociada a la defensa y el desarrollo industrial puede verse Juan J. Llach, “El plan Pinedo de 1940: su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo”, *Desarrollo Económico*, 23:92 (1984), pp. 538-540; Miguel A. Scenna, *Los militares* (Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1980). Los médicos del Ejército también fueron clave para cultivar el vínculo entre ciencia y defensa a través de su propia formación profesional. Al respecto Germán Soprano, “Formación y perfil profesional de los médicos del Ejército Argentino a principios del siglo XX”, *Trabajos y comunicaciones*, 53 (2021).